OBRAS BREVES DE
JACQUES
MARITAIN

060-01

SOBRE EL CONCILIO VATICANO II
(Primera parte)

Jacques Maritain

Síntesis extractada de los tres primeros capítulos del libro
'El Campesino del Garona' de 1966.

Acción de gracias

Miro primero hacia la Santa Iglesia visible (ella es invisible también, lo sé), la Iglesia Católica Romana, que ha clausurado el 8 de diciembre de 1965 su segundo Concilio Vaticano. ¿Dónde se encuentra visiblemente manifestada en su universalidad esta Santa Iglesia? En la asamblea ecuménica de ese Concilio, y en la persona individual que es el Papa, el primero recibiendo su existencia y su plena autoridad del segundo, uno y otro asistidos por el Espíritu de Dios, revestidos con la blancura de la verdad, y aureolados por carismas que traen sobre esta pobre tierra un poco de luz increada. Y, mirando a la Iglesia, doblo las rodillas (eso ya no se estila mucho, pero qué le vamos a hacer) en profundas acciones de gracias.

Yo doy gracias por todo lo que el Concilio ha decretado y cumplido. Me hubiera gustado sin duda dar gracias también por otras cosas, si también el Concilio las hubiera hecho. Pero, evidentemente, este no estaba llamado para hacer esas cosas. Desde el origen y por la voluntad misma de Juan XXIII, el Concilio ha sido más bien pastoral que doctrinal (aunque haya consagrado dos de sus Constituciones a importantes puntos de doctrina). Y está claro que eso respondía a un designio providencial, ya que la tarea histórica, la inmensa renovación que debía llevar a buen fin concernía al progreso en la toma de conciencia evangélica y en la actitud del corazón, más que a los dogmas a definir. Dios mío, ¿no estaban ya definidos esos dogmas, y para siempre (puesto que las nuevas definiciones dogmáticas que surgen con el tiempo, explicitan y completan las antiguas, sin cambiarlas en nada)? La doctrina de la Iglesia, ¿no estaba ya establecida con certidumbre, y sobre bases lo bastante sólidas para permitir un progreso sin fin? ¿Qué hombre que hubiera recibido la fe teologal podría ser lo bastante tonto para imaginarse que unas certezas eternas comenzarían a tambalearse, a plagarse de dudas y de signos de interrogación, a licuarse en la oleada del tiempo?

Nadie tiene, sin embargo, necesidad de ir muy lejos para poder admirar los recursos de la estupidez humana y comprender que ésta y la fe teologal pueden ciertamente avenirse bien en un mismo cerebro y dialogar entre sí, como hace actualmente todo el mundo, y ello aunque el contacto con la primera sea más bien malsano para la segunda.

Ya volveremos a tocar este tema, pues aunque ello no me haga mucha gracia, será necesario decir algunas palabras sobre el *neomodernismo* que florece hoy. Por el momento desearía continuar en paz mi acción de gracias.

* * *

Se entusiasma uno al pensar que la idea exacta de la libertad – de esa libertad a la que el hombre aspira desde lo más profundo de su ser, y que es uno de los privilegios del espíritu –, ya es reconocida y honrada entre las grandes ideas directrices de la sabiduría cristiana; y lo mismo con respecto a la idea justa de la persona humana, de su dignidad y de sus derechos.

Se entusiasma uno al pensar que la libertad religiosa ha sido ahora proclamada – lo que se llama así no es la libertad que tendríamos de creer o no creer según nuestras disposiciones del momento, y de fabricarnos un ídolo a nuestro gusto, como si no tuviéramos un deber primordial frente a la Verdad –; se trata de la libertad que tiene cada persona humana, frente al Estado o frente a cualquier otro poder temporal, de velar por su destino eterno buscando la verdad con toda su alma y conformándose a ella tal y como esa persona la conoce, y de obedecer según su conciencia a lo que tiene por verdadero con respecto a las cosas religiosas (nuestra conciencia no es infalible, pero nunca tenemos el derecho de obrar contra ella). Y al mismo tiempo que proclamaba la libertad religiosa, el Concilio iluminaba con nueva luz, de la que nuestro tiempo tiene particularmente necesidad, los tesoros sagrados de la doctrina católica concernientes a la Iglesia y a la Revelación.

Se entusiasma uno al pensar que la Iglesia nos intima, con un acrecentado vigor y un acento nuevo, a tratar realmente como hermanos – como hermanos a quienes nuestro celo por su salvación no nos pide, si son herejes, convertirlos en cenizas, sino que en cada uno de ellos debemos honrar a la raza humana y ver la mirada de Jesús sobre ellos y sobre nosotros, y cuya amistad debernos desear –, a todos aquellos que sabemos más o menos alejados de la Verdad, ya sean cristianos que no admiten el credo católico, ya sean fieles de una religión no cristiana, o ateos. Esos sentimientos fraternales, y el Concilio lo ha marcado especialmente, son los que le son debidos al pueblo judío; el antisemitismo es una aberración anticristiana.

Se entusiasma uno al pensar que la Iglesia reconoce y declara más explícitamente que nunca el valor, la belleza, la dignidad propios de este mundo que ella ve sin embargo bajo el poder del Maligno, en la medida en que rehusa ser rescatado – y de todos esos bienes de la naturaleza que llevan la marca de la generosidad del Creador, y muchos de los cuales, sin embargo, nos son cualquier día arrebatados por la santa Cruz, con vistas a otros bienes que invisiblemente traen el cielo a la tierra.

Se entusiasma uno al pensar que la Iglesia, que como tal no se ocupa más que del terreno espiritual, o de las cosas *quae sunt Dei*, afirma y bendice la misión temporal del cristiano.

Se entusiasma uno al pensar que la Iglesia ahora ha sacado a luz decididamente el estatuto de sus miembros laicos, de los que sin duda siempre se supo que pertenecían al Cuerpo Místico de Cristo, pero a quienes se creyó largo tiempo abandonados a las locuras del siglo, y a un estado, si se me permite decirlo, normalmente reconocido de *imperfección* cristiana. Ahora está claro para todos que también ellos, como miembros del Cuerpo Místico, son llamados a la perfección de la caridad y a la sabiduría del Espíritu Santo, a los trabajos por los que se realiza la expansión del reino de Dios – y que, por otra parte, como miembros de la ciudad terrestre, es a ellos, que trabajan directamente bajo sus responsabilidades e iniciativas propias en el bien y en el progreso del orden temporal, a quienes corresponde introducir normalmente en tal trabajo lo que puede en él introducirse del espíritu del Evangelio y de la inteligencia y sabiduría que la razón y la fe sustentan de consuno.

Se entusiasma uno al pensar que el Papa «no quiere ni debe en adelante ejercer otro poder que el de sus llaves espirituales» [1], y que en lo más alto de las torres de la Iglesia vela, de acuerdo con el trabajo de los obispos del mundo entero, para mantener intacto el inmenso tesoro de verdad del que la Iglesia de Cristo es depositaria, poniendo, al mismo tiempo, íntegramente en obra las renovaciones de incalculable alcance provocadas por el Concilio.

* * *

Todos los vestigios del Santo Imperio están hoy verdaderamente liquidados; hemos salido definitivamente de la edad sacral y de la edad barroca; después de diecinueve siglos [2], que sería vergonzoso calumniar o pretender repudiar, pero que decididamente han acabado de morir, y cuyos graves defectos no eran dudosos, empieza una edad nueva en que la Iglesia nos invita a comprender mejor la bondad y la humanidad de Dios nuestro Padre, y nos llama a reconocer al mismo tiempo todas las dimensiones de ese *hominem integrum* de que el Papa hablaba en su discurso del 7 de diciembre de 1965) en la última sesión del Concilio.

---

1 PABLO VI, Discurso a la nobleza romana, 14 de enero, 1964.

2 Empiezo a contar desde el siglo de Constantino (Edicto de Milán, 313). Es una simplificación que creo lícita.

He aquí realizado el gran viraje en virtud del cual no son ya las cosas humanas las que se encargan de las cosas divinas, sino que son las cosas divinas las que se ofrecen para defender las cosas humanas (si éstas no rehusan la ayuda ofrecida).

La Iglesia ha roto unos lazos que pretendían sostenerla, se ha liberado de cargas con las cuales se la consideraba mejor equipada para la obra de la salvación. En adelante, libre de esas cargas y de esos lazos, la Iglesia hace que se vea mejor en ella el verdadero rostro de Dios, que es el Amor; y para sí misma no reclama sino la libertad [3]. La Iglesia despliega sus alas de luz.

¿Será para proteger bajo su sombra nuestras ciudades y nuestros campos (si, por su parte, el mundo se decide a dejarla verdaderamente libre)? ¿Será para huir al desierto (si el mundo se levanta contra ella para esclavizarla y encadenarla)? Estas cosas no están predeterminadas en la historia humana; dependen de nuestras imprevisibles elecciones.

Tres descripciones contradictorias

1. He observado con frecuencia que uno de los axiomas fundamentales de una sana filosofía de la historia es que la historia del mundo progresa *al mismo tiempo* en la línea del mal y en la del bien. En ciertas épocas – como, por ejemplo, la nuestra –, vemos los efectos de ese doble progreso simultáneo surgir en una especie de explosión. Eso no facilita ningún intento de descripción de esos momentos de la historia de los hombres. Porque, entonces, es necesario proponer varias descripciones contradictorias, y sin embargo todas verdaderas. Incluso las tres descripciones que yo querría proponer no se refieren sino a ciertos aspectos de nuestro tiempo (sus aspectos de orden espiritual).

No miramos ya hacia la santa Iglesia en su universalidad visiblemente manifestada; volvámonos hacia el mundo occidental (hablo de él porque lo conozco un poco menos mal que los otros), y pensemos en el trabajo que en él se hace, allá en las profundidades. La época aparece como muy grande. La visión racionalista y la

3 Mensaje de SS Pablo VI a los Gobernantes. 8 ele diciembre, 1965.

visión positivista del universo parecen definitivamente caducadas; producen hastío (olvidemos por un instante que todavía hay cosas peores). Una inmensa fermentación espiritual, inmensas aspiraciones religiosas están en acción. Las almas están ávidas de autenticidad, de franqueza, de entrega a una tarea común; descubren con una especie de embriaguez el misterio del ser humano, las posibilidades y las exigencias del amor fraternal. Esto es como una nostalgia del Evangelio y de Jesús.

Y allí donde se oye una llamada más próxima y más urgente – ya sea en sectores más restringidos, aunque más poblados de lo que se piensa, ya sea a veces en rebaños muy pequeños, pero cuyas iniciativas cuentan más que cualesquiera otras (empezamos, pobres contemporáneos de la bomba atómica, a conocer la potencia de las microacciones) [4] – hay una fe ardiente y purificada, una pasión de lo absoluto, un presentimiento ferviente de la libertad, de la anchura y de la variedad de los caminos de Dios, un deseo apasionado de la perfección de la caridad, que buscan y encuentran maneras nuevas de ofrecer la vida para dar testimonio del amor de Jesús por todos los hombres y de la generosidad del Espíritu de Dios.

* * *

2. He ahí una primera descripción. La segunda dice todo lo contrario. Teniendo en cuenta la fiebre *neomodernista* [5] (era necesario que yo tocara este punto; lo he advertido más arriba), fiebre muy contagiosa, por lo menos en los círculos que se llaman «intelectuales», y frente a la cual el modernismo del tiempo de Pío X no era más que un modesto resfriadillo, fiebre que se manifiesta sobre todo en los pensadores más avanzados de entre nuestros hermanos protestantes [6], pero que es también activa en los pensadores católicos igualmente avanzados,

4 Los santos supieron siempre esto; habían leído el Evangelio.

5 La palabra modernismo ha envejecido, pero no conozco otra mejor; y el haber envejecido la hace particularmente buena: nada envejece tan rápidamente como la moda y como las teorías que hacen de la verdad o de sus formulaciones conceptuales una función del tiempo, El «perspectivismo» afirma que no es modernista, porque según él, es una misma inmutable verdad la que se expresa por fórmulas conceptuales, incompatibles entre sí, que el tiempo hace surgir sucesivamente. Dejémosle sus ilusiones.

6 Las divergencias y los conflictos de ideas son tan vastos entre los protestantes como entre los católicos; y pudiera ser que, por ejemplo, Taizé diera a éstos útiles lecciones.

esta segunda descripción nos presenta el cuadro [7] de una especie de apostasía «inmanente» (quiero decir, decidida a permanecer cristiana a toda costa) que se venía preparando desde hacía muchos años, y cuya manifestación – mentirosamente imputada, a veces, al «espíritu del Concilio» y hasta al «espíritu de Juan XXIII» – ha sido acelerada por algunas esperanzas oscuras de las partes bajas del alma, suscitadas por doquier con motivo del Concilio. Sabemos bien a quién viene correspondiendo la paternidad de esas mentiras (y tanto mejor, si por ese lado, el hombre se encuentra un poco libre de culpa). Pero precisamente ya no se cree en el diablo ni en los ángeles malos; ni en los buenos, por supuesto. Estos no son sino los supervivientes etéreos de una imaginería babilónica.

A decir verdad, el contenido objetivo al que se adhería la fe de nuestros antepasados no es más que un mito; como lo es también, por ejemplo, el pecado original, (¿acaso no consiste hoy nuestra gran tarea en barrer el complejo de culpabilidad?); y como lo es el Evangelio de la Infancia, y la resurrección de los cuerpos y la creación. Y como lo es, claro está, el Cristo histórico. El método fenomenológico y la escuela de las formas lo han cambiado todo. La distinción entre la naturaleza y la gracia es una invención escolástica. Y lo mismo la transubstanciación. Y ¿a qué tomarse el trabajo de negar el infierno, cuando es más sencillo olvidarlo?; y, probablemente, es también eso lo mejor que se puede hacer con la Encarnación y con la Trinidad. Francamente, ¿es que la masa de nuestros cristianos *piensa* alguna vez en esas cosas o en el alma inmortal y en la vida futura? La Cruz y la Redención, última sublimación de los antiguos mitos y ritos inmolatorios, deben ser considerados como los grandes y emocionantes símbolos, grabados para siempre en nuestra imaginación, del esfuerzo y de los sacrificios colectivos necesarios para llevar la naturaleza y la humanidad al grado de unificación y de espiritualización – y de poder sobre la materia –, en el que al fin serán liberados de todas las antiguas servidumbres para entrar en una especie de gloria. ¿Será entonces vencida la muerte? Quizá la ciencia encontrará el medio (¿por qué no?, ya lo soñaba Descartes) de hacernos inmortales; sin embargo, no es eso lo que importa; lo que importa es la perennidad del cosmos y la inmortalidad de la humanidad glorificada en él y con él.

---

7 Lo que he reunido en este cuadro son los enfoques, no de honestos investigadores, sino de extremistas, cuyos nombres conocen bien los expertos en la materia, y también las opiniones que se extienden en los medios influidos por ellos, como ocurre con esos sacerdotes que se jactan de que no se arrodillan ya ante el tabernáculo.

Nuestra fe, habiendo de ese modo evacuado debidamente todo objeto específico, puede transformarse finalmente en lo que era realmente, en una simple aspiración sublimante; así, podemos ser aspirados en plena euforia por una poderosa ráfaga, recitar con un fervor ilustrado el Símbolo de los Apóstoles (*símbolo*, ¡qué nombre más predestinado!) y amar) servir y adorar con todo nuestro corazón a Jesús, al Jesús de la fe y del cristianismo interior, cristianismo verdaderamente visceral.

Porque con todo y con eso se es más cristiano que nunca. Pero ocurre que todo ese mundo ha dejado simplemente de creer en la Verdad, y cree solamente en unas verosimilitudes prendidas con alfileres sobre unas verdades (es decir, unas comprobaciones o verificaciones del detalle observable) que, por lo demás, envejecen rápidamente. ¿Qué quiere decir eso de la Verdad (así, con mayúscula)? Debemos reconocer que aquel procurador romano que preguntó su *Quid est Veritas* veía claro e incluso era hombre que se adelantaba. Hay que poner minúsculas en todas partes. «Todo es relativo; este es el único principio absoluto», decía ya nuestro Augusto Comte. Porque, es cierto, se ha terminado con el positivismo clásico; pero el hecho es que vivimos en el mundo de Augusto Comte: la Ciencia (lado de la razón) completada por el Mito (lado del sentimiento); Comte fue un profeta de primera magnitud.

Y yo añado que Comte era más honesto que ustedes, estudiosos expurgadores de las verdades reveladas, pues los mitos de su «Síntesis subjetiva», él los fabricaba derecha y francamente, y totalmente, mientras que ustedes los fabrican reinterpretando toda una herencia religiosa a la que ustedes se creen más fieles que nadie, y tratando de engañar la sed, y también el corazón, de aquellos con quienes ustedes se imaginan compartir la fe.

* * *

3. Esta segunda descripción da una idea más completa de nuestra época. Sin embargo, ella no nos ha permitido, ni con mucho, agotar el tema. Es necesario hacer una tercera, la que a su vez va a descubrirnos otros aspectos. En efecto, sabemos bien que no podemos atenernos a lo que las gentes profieren en el universo de la lógica, a lo que son y hacen, al testimonio de los enunciados

conceptuales que emplean; es necesario tener en cuenta lo que ocupa un psiquismo profundo, o lo que ellos son y hacen en el dominio muy singular de lo irreductiblemente subjetivo y de lo irracional, hasta a veces de lo que escapa él su propia conciencia.

Desde ese punto de vista se puede advertir en primer lugar que, entre todos aquellos que hablan como Pilato, hay seguramente muchos que sin embargo no han desechado deliberadamente ese deseo de la Verdad, sin el cual no se es un hombre; entre todos los hombres de ciencia (o de pseudo ciencia), que parecen únicamente preocupados por inventar nuevos enfoques o nuevas hipótesis, hay seguramente muchos a los que en realidad, y a pesar de lo que ellos puedan decir, no les gusta más buscar que encontrar; – ¿pondrían acaso tantos cuidados y fatigas para buscar verdades o verificaciones de un día, si en las regiones inconscientes o supraconscientes de su espíritu no buscaran y no amasen la Verdad sin saberlo ellos mismos?

Pero lo que, por otra parte, importa sobre todo observar, es que el modernismo desenfrenado de hoy es irremediablemente ambivalente. Tiende ya de por sí, aunque lo niegue, a arruinar la fe cristiana, sí; se dedica como mejor puede a vaciarla de todo contenido. Pero, con todo y con esto, hay en un buen número de los que adhieren a él un como esfuerzo por devolver a esta fe una especie de testimonio desesperado: es cierto que cuando los corifeos de nuestro neomodernismo se declaran cristianos, lo hacen sinceramente; y a veces con la fiebre y la angustia de un alma fundamentalmente religiosa. No olvidemos que son víctimas de una cierta filosofía preadmitida, de una Gran Sofística (*se conoce el ser a condición de ponerlo entre paréntesis o de prescindir de él*) sobre la cual tendré que decir algo en otro capítulo, y que permite hablar con inteligencia, y conmoviendo las fibras de nuestro corazón, de muchas cosas a las cuales el positivismo había puesto el veto, pero que consigue mejor que el positivismo impedirnos alcanzar en esas cosas la menor realidad extramental, el mínimo, *lo que es independientemente de nuestro espíritu*; ya no le queda al intelecto sino disertar sobre verosimilitudes, y ello a costa exclusivamente de lo que pasa en la subjetividad humana.

Afirmar la existencia de un Dios trascendente es desde ese momento algo que no tiene sentido. La trascendencia divina no es sino la proyección mítica de un cierto temor colectivo experimentado por el hombre en un momento

dado de la historia. Y, en general, según la filosofía preadmitida a la que aquí aludo, todo lo que se relaciona con un mundo distinto del mundo del hombre no puede provenir sino de lo Caducado (si se trata del «trasmundo» del antiguo realismo filosófico), o del Mito (si se trata del mundo sobrenatural de las religiones).

He ahí el cielo inteligible, los *Denkmittel* ("verdades") aceptados como obligadamente indiscutibles (es decir, como exigidos por la época), y los tabúes a los que nuestros teólogos y exegetas más avanzados (es decir, los más conformistas) han sometido su pensamiento; pobres cristianos sofisticados, es a Sócrates a quien necesitarían recurrir.

Hay que ser muy ingenuo para comprometerse al servicio de semejante filosofía si se tiene la fe cristiana (que no es nada sin la Palabra – infinitamente independiente de la subjetividad humana – de un Dios revelante e infinitamente independiente de nuestro espíritu), y sobre todo si se pertenece a la religión católica, que, de todas las religiones, es (con la religión de Israel – *benedicite, omnia opera Domini, Domino* –) la más firme en reconocer y afirmar la realidad – irreductiblemente, espléndidamente, generosamente *en sí* – de los seres que el Creador ha hecho, y la trascendencia de ese Otro, que es la Verdad en persona y el Ser mismo subsistente por sí, en el que vivimos, nos movemos y somos; Dios viviente por cuya virtud vivimos, que nos ama y al que nosotros amamos – y amar es dar lo que se es, el ser de uno mismo, en el sentido más absoluto, más descaradamente metafísico y menos fenomenalizable de esta palabra. Pero también todo esto, ¡cómo no! no hay más remedio que ponerlo entre paréntesis para obedecer a la nueva regla de oro – ¿no es eso, señores míos? – Y, ahora, una vez que uno ha sido bien cogido y envuelto por todas partes, por la filosofía en la que uno tiene confianza, ¿a dónde irá uno a parar, si no toma el partido de renegar abiertamente de Cristo? Dividida el alma entre la duda y una nostálgica obstinación – y también una piedad llena de espanto hacia el mundo moderno, que le parece necesitar de una total refundición de la religión para constituirse un último baluarte contra el ateísmo va a ser necesario ponerse a buscar remedios heroicos para hacer que la fe en Jesucristo sobreviva a un régimen mental esencialmente incompatible con ella.

¿Cómo, pues, asombrarse de que tantos modernistas crean tener la misión de salvar para el mundo moderno un cristianismo agonizante – *su* cristianismo agonizante? Este es el objetivo al que, en buenos soldados de Cristo, consagran un tan agotador trabajo de evacuación hermenéutica. Y su propio fideísmo, por muy contrario que sea a la fe cristiana, es sin embargo un testimonio sincero y desgarrado rendido a esta fe. Y ¿van revestidos con la armadura de Dios, calzados con el celo, armados con la coraza de la justicia, con el yelmo de la salvación, con el escudo de la fe y con la espada del Espíritu? Este arnés de San Pablo no es en verdad para ellos; para ellos no es más que una pieza de museo. Yo los veo más bien suspendidos con una mano en la escala de Jacob, mientras sacuden el aire con sus pies y, con la otra mano, se envían de unos a otros los *telescritos* de las hipótesis más recientes. Es cosa intrépida, pero ¡cuidado con el calambre!

Desde este punto de vista totalmente distinto se puede notar, en fin, que si la acción temporal y las necesarias transformaciones requeridas por el estado presente del mundo parecen fascinar a no pocos jóvenes cristianos, clérigos y laicos, hasta el extremo de que *sólo* eso cuenta a sus ojos, y que emprenden con pasión la secularización completa de su cristianismo – en adelante, ¡todo para la tierra! –, el motivo fundamental, sin embargo, al que dan ciegamente una prevalencia absoluta es en realidad un deseo ardiente de incorporar a la historia el testimonio del Evangelio. Otra rareza más de la naturaleza humana: estos que así obran traicionan el Evangelio a fuerza de querer servirlo (a su manera), si bien lo hacen con una fe atormentada, aunque sincera, en Jesucristo, – ilustrada lo más posible.

* * *

Las tres descripciones que he propuesto son contradictorias entre sí; son igualmente verdaderas, sin embargo, porque abarcando las tres en sus campos, en cierto modo, a la masa de nuestros contemporáneos, no tocan en ésta las mismas zonas de imantación en el alma de las gentes. Yo confieso que ya me van cansando tales descripciones, ya que mi objeto no es de ninguna manera hacer un cuadro sociológico o clínico de mi tiempo. Yo no me interrogo sobre él, sino a propósito de él. No es él el que me inquieta; son las ideas que en él encontramos a vuelta de cada esquina, algunas de las cuales tienen mucha necesidad de ser lavadas, aclaradas.

Antes de ponerme a discutir ideas y problemas, desearía sin embargo hacer todavía algunas observaciones con respecto a los comportamientos colectivos que se manifiestan en nuestros días.

El prurito en las orejas

Se trata de la enfermedad anunciada por San Pablo para un tiempo que había de venir, pero de la que ningún tiempo parece haber salido totalmente indemne. Bien es verdad que nuestro tiempo parece detentar brillantemente el récord.

Hay que notar que San Pablo hace desempeñar a los profesores un papel central en la difusión de esta enfermedad. Vendrá un tiempo, nos dice [8], en que las gentes irán a remolque de una infinidad de maestros, porque tendrán comezón en las orejas. Lo que equivale a decir que esta enfermedad, muy contagiosa, según parece, tendrá su foco entre los expertos o los profesores. Y el prurito en las orejas se hará tan general que ya no se podrá escuchar más la verdad, y se recurrirá a las fábulas, a los mitos – a propósito, helos ya ahí a esos queridos mitos, esos mitos, de los que tanto uso hacemos; pero, naturalmente, no se trata de los grandes mitos venerables de la juventud de la humanidad; nuestras comezones se relacionan con mitos de decrepitud, mitos infecundos y fabricados (por profesores) –, en particular con los mitos de la desmitización.

Creo que es la ocasión de señalar brevemente sus dos principales síntomas. El primero, del que ahora me ocupo, es una fijación obsesiva sobre el tiempo que pasa, la *cronolatría epistemológica*. Ser superado es el infierno. ¿Acaso un autor superado ha podido decir algo verdadero? Después de todo, ello no es inconcebible; pero esto no cuenta, ya que, habiendo sido superado, ya no existe lo que dijo.

---

8 "Porque vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana, sino que, arrastrados por sus propias pasiones, se harán con un montón de maestros por el prurito de oír novedades; apartarán sus oidos de la verdad y se volverán a las fábulas." (2 Tm 4,3)

Esta *cronolatría* lleva consigo vastos sacrificios humanos, o dicho de otro modo, comporta un componente masoquista. Pensar en la admirable abnegación (no por modestia sin duda, sino por voluntad de desaparecer) de eso que hoy se llama un exégeta, produce vértigo. Se mata trabajando, da la sangre de sus venas, para encontrarse superado a los dos años. Y así continuará durante toda su vida. Y cuando se muera, estará definitivamente superado. Su trabajo servirá a otros para superar y para hacerse superar a su vez. Pero de su propio pensamiento, de ése no quedará absolutamente nada.

No se encuentra semejante abnegación masoquista en los filósofos, porque la moda para ellos dura más (veinte años; quizás treinta años, en los casos más favorables): Tienen tiempo para hacerse ilusiones, pueden esperar que, por lo menos durante su vida, no llegarán a ser superados. Pero lo que es sorprendente es la forma que reviste en ellos la *cronolatría epistemológica*. Cada uno toma el relevo poniendo en duda, para encontrar algo nuevo, aquello que dijeron sus próximos predecesores (de golpe, irremisiblemente superados), pero por nada del mundo pondrá en duda la obra realizada por el Tiempo hasta ellos, por lo menos en el linaje a que pertenecen; los linajes que han precedido al suyo le importan un comino (están ya superados); ahora bien, mi linaje, el mío, está aquí (en la medida en que continúa engendrando), y esto es todo lo que necesito, no tengo ninguna necesidad de saber si en su punto de partida ha faltado o no a la verdad; el punto al que la curva ha llegado antes de mí es la única base de la que puedo partir; es tabú.

En una u otra forma, siempre se trata de lo efímero, sea para ser devorado por él, sea para aceptar lo que él engendró (en mi linaje, en el mío) hasta que yo, a mi vez, entre en liza.

Inquietándose por la verdad, y aprehendiendo la verdad, el espíritu trasciende el tiempo. Incorporar las cosas del espíritu a la ley de lo efímero, que es la de la materia y la de lo puramente biológico, hacer como si el espíritu estuviera sometido al dios de las moscas, he aquí el primer signo, el primer gran síntoma de la enfermedad denunciada por San Pablo.

La logofobia

Otro síntoma que yo quisiera señalar es la degradación que se produce en la naturaleza del *animal racional* cuando se pone a perder confianza, no solamente en el saber filosófico, sino en la prefilosofía espontánea, que es para el hombre como un don de la naturaleza incluido en el equipo de primera necesidad que se llama el ***sentido común***, y disfrazado tanto como apresado por el lenguaje común. Desconfiemos cuando, so pretexto de que son unas «categorías del lenguaje», oigamos denigrar las nociones primeras que las gentes tendrían gran apuro en justificar porque resultan de intuiciones primitivas nacidas en el preconsciente del espíritu, pero que están en las raíces de la vida humana (verdaderamente humana), y de la comunidad humana (verdaderamente humana). Cuando todo el mundo no hace caso de esas cosas (oscuramente percibidas por el instinto del espíritu) que son el bien y el mal, la obligación moral, la justicia, el derecho, o incluso el ser extramental, la verdad, la distinción entre substancia y accidente, el principio de indentidad, etc., es que todo el mundo empieza a perder la cabeza.

Que se invoque todo lo que se quiera el «slogan» de las categorías del lenguaje. No es el lenguaje el que hace los conceptos; son los conceptos los que hacen el lenguaje. Y el lenguaje que los expresa los traiciona siempre más o menos. Hay lenguas primitivas que no tienen palabra para designar la idea de ser; eso no significa de ninguna manera que el hombre que habla esa lengua no tenga esa idea en el espíritu.

Además, no hay nunca palabras que más nos importaría decir. ¿No es por causa de esto por lo que necesitamos poetas y músicos?

Más aún, todas las nociones e intuiciones primordiales de que acabo de hablar, el lenguaje las ensucia y desvaloriza, si son teóricas, por el uso práctico que de ellas hace la rutina de la vida cotidiana; si son de orden moral, por el uso social que de ellas hace en los ritos de la tribu, y que les sobreañade significaciones extrínsecas sin valor para el espíritu.

El primer deber de los filósofos debiera ser el de quitar la mugre cuidadosamente a todas esas nociones para descubrir la pureza de su sentido auténtico – diamante escondido bajo la basura –, que es la función del ser, no de la práctica humana.

Pero, en general (salvo algunos raros tomistas…), los filósofos se guardan mucho de cansarse en semejante tarea; y nuestros herederos de Descartes prefieren proseguir su trabajo, más fácil y más fructuoso, de destrucción de la razón, con su Gran Sofística, su inclusión entre paréntesis de la realidad metafísica, y su fenomenalización del propio conocimiento filosófico, para la que con tanto ahínco quisieran encontrar un sitio en el parque de atracciones, en las «boites» nocturnas y en las fábricas de ensueños del mundo de la técnica. Y, en fin de cuentas, porque las gentes leen a los filósofos, los filósofos hacen crecer en el espíritu de las gentes una duda corrosiva sobre el valor ele la prefilosofía que las gentes se ven obligadas él utilizar a cada momento, pero en la cual creen cada vez menos.

Por otra parte, mientras que va desapareciendo de nuestro universo de cultura la idea del conocimiento filosófico auténtico, y mientras se eclipsa el régimen de la *verdad* que hay que contemplar, el deslumbrante advenimiento de la ciencia moderna con su lenguaje simbólico – y de este acercamiento a lo real que tiene con la magia el rasgo común de manejar y dominar por signos lo que queda desconocido en sí –, y de esta matematización de lo observable (sobre todo, en física) que ha permitido prodigiosos éxitos, pero que (a pesar de los deseos profundos del intelecto de muchos sabios) coloca el espíritu bajo el régimen de la verificación a operar, lleva a todo el mundo, sabios e ignorantes (e incluso a los infortunados filósofos), a creer que la ciencia – la ciencia de los fenómenos – es absolutamente la única que puede ofrecernos un conocimiento racional cierto. Y todo eso hace dudar también a las gentes del valor de la prefilosofía espontánea que se expresa por el lenguaje del sentido común.

Resultado: que esta prefilosofía desaparece pulverizada, y en lo que concierne a las condiciones primordiales planteadas por su naturaleza al ejercicio de su razón, el hombre se hace semejante a un animal que hubiera perdido su instinto, a una abeja que ya no tuviera el instinto de elaborar su miel, a unos pingüinos y a unos albatros que ya no tuvieran el instinto de construir sus nidos.

Yo bien sé que en otros tiempos, en particular en el tiempo de los Sofistas y de Sócrates, se manifestaron formas más o menos comparables de la misma enfermedad. En aquella época, lo que la enfermedad en cuestión amenazaba no era la fe, sino la razón – no nuestra razón estragada y hastiada de hoy, sino la razón en la primavera de su gran descubrimiento de sí misma, de su gran

victoria cultural en la historia de la humanidad –. ¿Acaso no hacía falta que algunos centenares de años antes de la Encarnación del Verbo, se consumara su preparación necesaria, en Grecia [9] por parte de la Razón, como en Israel [10] por parte de la Profecía?

Las corrientes contemporáneas, especialmente la corriente «de izquierda» y la «de derecha»

Parece que el ecumenismo nos pide que nos abramos no solamente a los hombres, nuestros hermanos, a sus angustias, a sus problemas, a su necesidad de ser reconocidos, sino también a todas las *corrientes contemporáneas*. Esto es más difícil, pues hay de todo en esas corrientes, a las cuales a veces se las llama «corrientes de pensamiento» por eufemismo. El *neomodernismo*, del que he hablado en el capítulo precedente y en la primera sección de éste, es una de nuestras corrientes contemporáneas más activas. Y, por añadidura, esas corrientes son a veces – ¡qué tristeza! – decididamente opuestas unas a otras (así lo quieren la naturaleza y la historia) como ocurre con la corriente llamada «de izquierda» y con la llamada «de derecha».

Desde hace treinta años o más, la confusión de los espíritus, cuando se trata de la «derecha» y de la «izquierda», no ha ido más que empeorando entre nosotros, en Francia. El extremismo de derecha ha sido invadido por crueles frustraciones y amargos resentimientos, debidos unas veces a un recuerdo nostálgico del viejo Mariscal, y otras a las decepciones de la guerra de Argelia; y esto, sin hablar del sentimiento malsano de que somos unos vencidos que buscan algún desquite. El extremismo de izquierda ha sido invadido por una fiebre de puja demagógica y un conformismo agresivo que se defienden mal contra la mucha ilusión y contra ese poquito de bajeza que el Idealismo gregario lleva consigo inevitablemente; y no hablemos del sentimiento malsano de sentirse vencedores y de que hay que seguir recordándolo.

---

9 Heráclito, 576-480; Sócrates, 470-399, muerto cuando comenzaba el siglo IV; Platón, 427-348; Aristóteles, 384-322.

10 Jeremías, hacia el comienzo del siglo VI; el segundo Isaías y el Cantar de los Cantares, al final del siglo VI; Job y el Eclesiastés, en el siglo V; construcción del segundo Templo, del 520 al 515 a. C.

Lo más grave es que hoy las palabras «derecha» e «izquierda» ya no tienen solamente un sentido político y social, sino que han tomado también, y sobre todo, por lo menos en el mundo cristiano, un sentido religioso, lo que da lugar a las peores confusiones.

¿Cómo encontrar nombres para designar convenientemente unas formaciones sociológicas que saltan a la vista ante todo por una cierta actitud religiosa, pero cuyo sólido trasfondo lo constituye una cierta actitud político-social, como si al significar determinada actitud religiosa se significara necesariamente a la vez determinada actitud política, e inversamente? Palabras como «integrista» y «modernista» no podrían ser empleadas en tales casos, ya que no se refieren sino a un comportamiento religioso; ni palabras como «conservador» y «progresista», que sólo se relacionan con un comportamiento político-social. Para designar dos vastas corrientes cuya inteligibilidad está tan mal establecida e implica semejante confusión de aspectos, no se puede ir adelante sino construyendo una especie de Arquetipo al cual se dará un nombre alegórico o mítico (aquí cae bien esta palabra), lo cual presentará la ventaja de no ofender a nadie, puesto que entonces (como advierten los prudentes autores de ciertas novelas policíacas) todo parecido con talo cual persona debe ser considerada como fortuita y ficticia, y nadie debe sentirse aludido. Así pues, para designar el Arquetipo del extremismo de izquierda, yo diré: ***los Borregos de Panurgo*** [11], y para designar el Arquetipo del extremismo de derecha, diré: ***los Rumiantes de la Santa Alianza***.

Está claro que si se trata de personas reales que parecen acomodarse en mayor o menor grado (esos grados varían infinitamente), en participación más o menos próxima o lejana con uno u otro de esos Arquetipos, espero que tendré para ellas los sentimientos que conviene tener entre cristianos (y aun entre simples personas humanas), y no solamente esa especie de caridad que se tendría para un criminal o un cretino. Estoy muy dispuesto a testimoniarles estima y respeto fraternales; me sentiría sinceramente dichoso rezando al unísono con ellas y acudiendo con ellas a recibir el Cuerpo del Señor. Esto no quita que, aun encontrándome de acuerdo sobre algún punto, sea filosófico-teológico, sea político-social, con los Borregos de Panurgo o con los Rumiantes de la Santa Alianza, sienta un verdadero

11 Panurgo, personaje de la obra 'Gargantúa y Pantagruel, de Rabelais, quien, indignado por el precio excesivo del borrego que acababa de comprar, lo lanza al mar, lo que lleva al resto del rebaño a saltar también al mar y a desaparecer en sus profundidades..

malestar; y yo no sé qué es lo que más detesto: o ver despreciada y maltratada por éstos o por aquéllos una verdad que me es querida, o ver esa misma verdad que me es cara, invocada y traicionada por los unos o por los otros.

De rodillas ante el mundo

La actual crisis presenta diversos aspectos. Uno de los fenómenos más curiosos que ofrece a nuestros ojos, es esa especie de arrodillamiento ante el mundo, que se I manifiesta de mil maneras.

La palabra «mundo», como ya lo hemos visto, se toma en diversos sentidos. ¿Ante qué «mundo» nos arrodillamos? ¿Ante el mundo tomado en sus estructuras naturales y temporales? Sí; desde luego. Pero ¿tomado solamente en ese sentido, como muchos arrodillados parecen creerlo, o quisieran creerlo?; ¿el solo mundo de la ciencia, de los astrónomos y de los geólogos, de los físicos, de los biólogos, de los psicólogos, de los etnólogos, de los sociólogos, y también el de los técnicos, de los industriales, de los sindicalistas, de los hombres de Estado? ¡Vamos!

¿Se ha visto nunca a un científico arrodillarse ante el mundo (a menos que, por casualidad, sea jesuita, en cuyo caso no es puro sabio, sino un apologista disfrazado)? ¿Se ha visto nunca a un hombre de Estado arrodillarse ante el mundo (a menos que no sea verdaderamente un hombre de Estado, sino un megalómano, como lo era Adolfo Hitler)? Es un hecho bien palpable que muchos cristianos se arrodillan hoy ante el mundo. Y esto es lo que primeramente debemos considerar. ¿De qué mundo se trata precisamente?; o en otros términos, ¿qué tienen esos cristianos en su cabeza, qué piensan al comportarse así? Cosa es ésta mucho más oscura, porque la mayor parte de ellos piensa poco y confusamente. Esta es una segunda cuestión que hay que examinar.

¿Qué vemos, pues, alrededor de nosotros? En amplios sectores del clero y del laicado, aunque es el clero el que da el ejemplo, apenas la palabra *mundo* ha sido pronunciada, una luz de éxtasis centellea en los ojos de los oyentes. Y al punto ya no se habla sino de expansiones necesarias y de compromisos necesarios, de fervores comunitarios, y de presencia, y de aperturas, y de

sus alegrías. Naturalmente, todo lo que pudiera evocar la idea de ascesis, de mortificación o de penitencia queda descartado. (Si Lourdes es popular, no lo son las palabras pronunciadas por Ella, por la que allí se presentó). Y el ayuno está tan mal visto, que más vale no decir nada del ayuno con el que Jesús preparó su misión pública. Uno de mis amigos oía no hace mucho recitar en francés las letanías de los Santos en su iglesia parroquial; y cuando el sacerdote llegaba a la invocación *per baptismum et sanctum jejunium tuum* ("por tu bautismo y santo ayuno»), se limitó a decir «por tu bautismo», sin más. (Nosotros no ayunamos, luego el Señor tampoco ayunó). Verdad es que, en la misma iglesia, mi amigo oyó el pasaje de San Pablo (2 Co 12, 7): «Me fue dado un aguijón a mi carne, un ángel de Satanas que me abofetea para que no me engría», tornarse en «ando mal de salud». En lo que concierne a la repugnancia de nuestros católicos por el ayuno, es interesante notar que este desvío aparece en la misma época en que los discípulos de Gandhi ejercitan las virtudes que éste ejercitó en el orden de la mística natural y de la lucha por medio de la no violencia.

El Sexo es una de las grandes y trágicas realidades del mundo. Es curioso observar el interés, llevado hasta la veneración, que por él demuestra una muchedumbre de levitas consagrados a la continencia. La virginidad y la castidad están desacreditadas. Por otro lado, el matrimonio es idealizado con fervor; el amor es su esencia. Exige de suyo que sea un mutuo encanto, delicias de mirarse uno en el otro. ¿Qué hay de más hermoso que una pareja de jóvenes enamorados? Y, a fe mía, que ello es muy cierto (aunque sobre todo en las obras de los grandes escultores). Pero esa no es una razón para besar la tierra que pisan.

Bien sé que detrás de las bobadas a que aludo, existe la necesaria, la urgente toma de conciencia de problemas graves (cada vez más graves, a medida que pasa el tiempo), y a menudo torturantes. Sé muy bien que demasiada gente desespera, que hay demasiadas ansiedades sin salida, que el matrimonio, lejos de ser el amor, el amor con sus mutuas atenciones, es a menudo soledad mutua y cotidiana aprensión, que muchas situaciones no sólo piden piedad sino una actitud nueva por parte de aquellos que tienen que juzgarlas. Y pienso que la Iglesia, que somete en fin el conjunto de estos problemas a un estudio profundo, nunca estará, por mucho que se esmere, demasiado atenta para ilustrar sobre

ellos el ser humano, ni será demasiado misericordioso para sus angustias. De todos modos, esto no hace menos inepta la veneración católica de la Carne a la que tantos Borregos de Panurgo nos invitan hoy. Esta veneración nos llevaría más bien a añorar los viejos cultos paganos del Sexo y de la Fecundidad, los cuales, al menos, no engañaban a las gentes de entonces.

La otra gran realidad que nos desafía en el mundo, es lo Social terrestre con todos sus conflictos, sus dolores y su inmensa problemática, con el hambre, la miseria, la guerra y la injusticia social y racial. Sabemos que contra esos males hay que luchar sin tregua; y no tengo por qué insistir aquí sobre lo que tengo dicho de la misión temporal del cristiano. Sin embargo, eso no es nuestro solo y único deber, ya que la tierra y lo social terrestre no son la única realidad. Es más, ese deber temporal no es verdadera y realmente cumplido por el cristiano sino cuando la vida de la gracia y de la oración sublima en él las energías naturales en su orden propio.

Esto es lo que en la hora actual muchos cristianos generosos se niegan a ver. Así pues, por lo menos en la práctica, y en su manera de obrar, e incluso en los más audaces y más decididos a ir hasta el fin en doctrina y en su manera de pensar (de pensar el mundo y su propia religión), el gran negocio y la sola cosa que importa es la vocación temporal del género humano, su marcha obstaculizada pero victoriosa hacia la justicia, la paz, y la felicidad. En lugar de comprender que hay que entregarse a la tarea temporal con una voluntad tanto más firme y ardiente cuanto que se sabe que el género humano no llegará nunca a librarse completamente del mal sobre la tierra -a causa de las heridas de Adán, y porque su fin último es sobrenatural-, se hace de esos fines terrestres el verdadero fin supremo de la humanidad.

En otros términos, no hay más que la tierra. *¡Completa temporalización del cristianismo!* He dicho más arriba que, en su mayor parte, los cristianos arrodillados ante el mundo pensaban poco. A los que de entre ellos piensan más y a veces con una rigurosa y soberbia lógica, esta conclusión se les presenta clara. Y así, ya tenemos, en fin, el Pensamiento, el Pensamiento que los cristianos arrodillados ante el mundo tienen en la cabeza, y que constituía para nosotros, y como decía al principio de la presente sección, el objeto de un segundo punto a examinar. Este Pensamiento lo tienen todos, pero los que piensan confusamente

se arreglan para no discernirlo nunca; y si ocurriera que se lo pusiera en claro ante ellos, muchos se apresurarían a desaprobarlo, y algunos con horror.

La idea de la doble marcha en la que el cristiano está comprometido, la marcha hacia la bienaventuranza (no hacia la simple «felicidad») y hacia el reino de Dios – ya venido (es la Iglesia), pero que no alcanzará su acabamiento ni será plenamente revelado sino en la gloria y la eternidad –, y la marcha hacia la triple y siempre progresiva expansión, los bienes y las conquistas exigidas para aquí abajo por nuestra naturaleza, se ven sustituidas por la idea de la Evolución natural que la libertad del ser humano tiene que activar y acelerar, y que arrastra al mundo entero hacia no se sabe qué parusía del Hombre colectivo; lo cual, por lo demás, implica contradicción (pero poco les importa a los nietos de Hegel), pues si hay término final, la evolución se detiene, siendo así que la esencia misma del hombre y de la vida terrestre exige que esa evolución continúe sin fin ...

Sea lo que sea, la distinción entre lo temporal y lo espiritual, entre las cosas que son del César y las cosas que son de Dios, se oscurece inevitablemente en los cristianos fascinados de que hablo; y los más decididos la niegan ya rotundamente. Esto es natural, ya que el reino de Dios no tiene realidad fuera del mundo; no es más que un fermento en la masa del mundo. Si Cristo (después de todo, se le puede tener por Dios, como un hombre grande entre todos, como una sublime flor del género humano en la que se ha concentrado el Alma del mundo), si Cristo tiene un Cuerpo Místico, el Mundo es ese Cuerpo Místico.

Nos preguntábamos ante qué «mundo» se arrodillan hoy tantos cristianos. Ahora tenemos la respuesta. Es el mundo de la naturaleza, sí, el mundo en sus estructuras naturales y temporales, pero en cuanto que reabsorbe en sí el reino de Dios y que él mismo es – en devenir y virtualmente y, al fin, plenamente en acto y al descubierto –, el Cuerpo Místico de Cristo.

Se comprende ahora por qué hay tres cosas de las que un predicador inteligente no debe hablar nunca, y en las cuales hay que pensar lo menos posible, aunque cada domingo se tenga que recitar el Credo, pero hay tantos mitos en él...; además se puede siempre, repetir una fórmula – hasta en francés – sin detener en ella el pensamiento.

Lo primero que hay que poner a un lado es, evidentemente, el otro mundo (porque no lo hay).

Lo segundo que hay que poner a un lado es la cruz (que no es más que un símbolo de los sacrificios momentáneos exigidos por el progreso).

Lo tercero que hay que poner a un lado) y olvidar) es la santidad) si es verdad que al principio de la santidad hay) en el fondo del alma (aun si el santo queda sumergido en las actividades del mundo) una ruptura radical con el mundo (en el sentido en que el Evangelio entiende esta palabra) y el falso dios del mundo) su dios mítico) «el Emperador ele este mundo».

El loco error

He aquí que, al término de nuestras reflexiones sobre el largo equívoco que el pensamiento cristiano ha sufrido con respecto al mundo, volvemos al curioso arrodillamiento cuyo espectáculo ofrecen hoy los creyentes cuya fe en Dios pide ser reconfortada por una apasionada fe en el mundo. ¿Qué hay en el origen de este arrodillamiento? Un loco error – la confusión entre dos significados completamente diferentes en que se toma la palabra misma «mundo».

Hay una verdad «ontológica» sobre el mundo considerado en sus estructuras naturales o en cuanto a lo que lo constituye propiamente; entonces hay que decir que el mundo es fundamentalmente bueno.

Y hay una verdad «religiosa» o «mística» sobre el mundo considerado en su relación ambigua con el reino de Dios y con la Encarnación; entonces hay que decir que el mundo, en cuanto que acepta ser asumido en el reino está salvado, mientras que en cuanto que rehusa el reino y se encierra en la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo del espíritu, es el adversario de Cristo y de sus discípulos, y los odia.

Pues bien, entremezclad esas dos acepciones de la palabra «mundo», imaginando que la primera verdad referente al mundo destruye la segunda porque significa que no hay reino de Dios distinto del mundo, y que el mundo reabsorbe en él ese reino, y tendremos entonces que el reino de Dios es el mundo mismo, en

devenir (y, al fin del fin, en gloria). Y no tiene ese mundo ninguna necesidad de ser salvado desde arriba, ni asumido y finalmente transfigurado en otro mundo, en un mundo divino. Dios, Cristo, la Iglesia, los sacramentos, son inmanentes al mundo, como alma suya que va formando poco a poco su cuerpo y su personalidad supra-individual. Y se salvará o, mejor, se salva y se exalta a sí mismo desde dentro y mediante su misma alma que obra en él. ¡De rodillas, pues, con Hegel y los suyos, ante ese mundo ilusorio! ¡Vayan a él nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor! Somos más cristianos que nunca, porque Cristo está en él, porque le es consubstancial (palabra ésta tan mal vista, pero que me atrevo a emplear).

La realidad, sin embargo, sigue siendo lo que es; y no lo que nosotros queremos que sea. De hecho, Dios es infinitamente trascendente; de hecho, hay un orden sobrenatural, que es el orden de la gracia; de hecho, hubo un acontecimiento que se llama la Encarnación del Verbo eterno; de hecho, hay otro mundo que es el reino de Dios ya comenzado. Y en consecuencia, a despecho de nuestros sueños, al arrodillarnos ante el mundo, no somos los amigos de un mundo que reabsorbería en él el reino de Dios, sino que lo somos del mundo que rehusa todo eso y que no quiere ni Cristo («el mundo me odia») ni reino de Dios, del mundo atrincherado en sí mismo, del mundo enemigo del Evangelio. Y doblamos las rodillas ante ese mundo y ante el falso dios que es su Emperador (y no solamente) como lo creemos quizás si no nos tomamos el trabajo de reflexionar un poco ante el mundo de la naturaleza y de la ciencia. Ese es el error de los cristianos extraviados por nuestro momento histórico y el repentino desplazamiento del péndulo, arrojado ahora al extremo opuesto del maniqueísmo larvado que desde hace siglo y medio había causado tantos estragos.

Este es el momento en que conviene decir con particular insistencia: *haec oportuit facere, et illa non omittere* (Mt. 23, 23: *"Esto era necesario hacer, sin omitir lo otro"*). Era necesario luchar contra el mundo como adversario de los santos, pero sin omitir (esto es para el pasado) entregarse al progreso temporal del mundo oprimido por la injusticia y la miseria. Y es necesario entregarse a ese progreso temporal, pero sin omitir (esto es para hoy) la lucha contra el mundo como adversario de los santos.

No sólo las dos tareas son compatibles entre sí, sino que se solicitan mutuamente, porque el progreso temporal del mundo exige el refuerzo que

le viene del reino de Dios que eleva y aclara las almas) y pide en consecuencia el combate contra el mundo, en cuanto que éste es enemigo del reino. Y el progreso de las almas hacia el reino de Dios les exige amar con caridad el mundo como criatura de Dios en camino hacia sus fines naturales) y por lo mismo cooperar en su combate temporal contra la injusticia y la miseria.

Después de todo) ¿por qué no decir que desde hace tres o cuatro décadas yo mismo, en la medida de mis fuerzas, he dado testimonio de la necesidad de esta doble tarea) así como de las verdades contrastantes (según el punto de vista en que se coloca uno) que es necesario mantener a toda costa con respecto al mundo? Resumiendo todo eso, escribía yo en Pour une Philosophie de l'Histoire: «El hecho de que tantos millones de seres humanos sufran hambre y vivan en la desesperación, en condiciones de vida indignas del hombre, es un insulto a Cristo y al amor fraternal. En consecuencia, la misión temporal del cristiano consiste en esforzarse por extirpar esos males y por edificar un orden social y político cristianamente inspirado, en que la justicia y la fraternidad sean cada vez mejor servidas» [12]. Y también, en la misma obra: «Dice San Pablo: «Todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecuciones» [13].

No es esta ciertamente una visión muy optimista del mundo. El cristiano, porque no es del mundo, será siempre un extranjero en el mundo; quiero decir, en el mundo en cuanto que éste se separa del reino de Dios y se encierra en sí mismo; es incomprensible para el mundo. El mundo no puede comprender nada de las virtudes teologales. El mundo considera la fe teologal como un desafío, como un insulto y una amenaza. Siente aversión a los cristianos precisamente por su fe; y por su fe lo vencen los cristianos. El mundo no puede ver en manera alguna la esperanza. La caridad teologal no la ve como es; la comprende de través. La confunde con cualquier especie de entrega generosa (por lo demás, ingenua a sus ojos) a una causa humana de la que puede sacar provecho. De esta manera el mundo tolera la caridad y hasta la admira, -en cuanto que no es la caridad, sino cualquier otra cosa (y así es como la caridad es el arma secreta del cristianismo)». [14]

---

12 Pour une Philosophie de l'Histoire, París, Ed. du Seuil, 1959, pág. 163.

13 2 Tm 3, 12.

14 Pour une Philosophie de l'Histoire, pág. 157.

Si hay profetas de vanguardia o de retaguardia que se imaginan que nuestros deberes con respecto al mundo (tal y como han sido expuestos, bajo la gracia del Espíritu Santo, por el segundo Concilio Vaticano) borran lo que el mismo Señor Jesús y sus apóstoles dijeron del mundo – *El mundo me odia. El mundo no puede recibir el Espíritu de verdad. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él* –, yo sé muy bien lo que hay que decir de ellos: que se meten en el ojo el dedo de Dios (*), con frase (de dudoso gusto) que tanta gracia hacía a mi amigo muy querido, viejo religioso.

(*) La expresión *se mettre le doigt dans l'oeil*, es utilizada por los franceses para indicar maliciosamente que alguien se ha equivocado: Fulano se ha metido el dedo en el ojo (por equivocación, por torpeza de gesto, naturalmente). Sirva esta explicación para justificar la que nos parecía obligada traducción de este pasaje final del capítulo, tan lleno de fineza (N. de la trad.).